



EL HILO DE ORO

Reckless

Tercer viaje detrás del espejo

CORNELIA FUNKE

Con ilustraciones de la autora

Traducción del alemán de
María Falcón Quintana

Siruela

Biblioteca Funke

Para
El fénix, Mathew Cullen
y sus magos en orden alfabético:

El mágico *bookmaker*, Mark Brinn
Wizard Eyes, Andy Cochrane
El canadiense, David Fowler
El hada de Marina del Rey, Andrin Mele-Shedwig
El domador de criaturas fabulosas, Andy Merkin



Y para
Thomas Gäthgens
Isotta Poggi

y, en último lugar merced únicamente al alfabeto,
Frances Terpac,
que nos abrieron a mí y a Jacob las salas de los tesoros
del Getty Research Institute.



ÍNDICE

1. El príncipe de piedra de luna	15
2. Una alianza de viejos enemigos	19
3. Su hogar	28
4. Un escondite seguro	33
5. El precio	40
6. Visita para Clara	47
7. La cuna ensangrentada	50
8. Insomne	57
9. Se acabó	63
10. Demasiados perros	68
11. Érase una vez	74
12. En el lugar equivocado	80
13. Deudas fraternales	91
14. En sus calles	100
15. Ciego	103
16. Como una puerta abierta	109
17. Un viejo conocido	112
18. La advertencia	126
19. A pesar de todo	134
20. La pena de una duende	138
21. Espejito, espejito...	142

22. Guerra	153
23. Pronto	156
24. Su juego mortal	160
25. Como en los viejos tiempos	169
26. El falso rostro	175
27. Mil pasos hacia el este	179
28. Los colores de la baba yaga	185
29. La mariposa olvidada	188
30. Todo perdido	192
31. Desaparecida	201
32. La otra hermana	207
33. Ciudad de oro	215
34. El baile del zar	225
35. Unidos	237
36. Ella solo es dueña de sí misma	239
37. Las cosas que codiciamos	251
38. Ridículo	256
39. Una parte de ella	259
40. También hay otros	262
41. El oso en el este	276
42. Ladrones en los árboles	289
43. Historias perdidas	293
44. Una nueva mano	297
45. De ella	301
46. Las preguntas equivocadas	303
47. Un mensaje para Celeste Auger	308
48. El traje de guerra	316
49. En casa	323
50. El regalo de los goyl	327
51. Un cuento de hadas	339
52. Olvidado	344
53. El hijo perdido	346

54. Palabras ocultas	350
55. Traicionados	354
56. El parque Prividenij	356
57. ¡Vuela, alfombra, vuela!	360
58. Los muertos erróneos	366
59. Montañas mentirosas	368
60. El lugar apropiado	372
61. Al destino	380
62. Cobarde	382
63. Caminos separados	387
64. Desprotegido	394
65. La hilandera	396
66. Tanto que perder	398
67. Tan débil	403
68. Y todo será como debe ser	404
69. Como en sus sueños	407
70. Se ha ido	409
71. El verdugo	411
72. Plata y oro	419
73. No	423
Guía de personajes	427



1

EL PRÍNCIPE DE PIEDRA DE LUNA

La princesa con cara de muñeca no estaba teniendo un parto fácil. Ni siquiera el jardín del palacio ofrecía refugio a sus gritos, y el Hada Oscura estaba allí de pie escuchando y odiando lo que sentía con todos esos gemidos y lloriqueos. Confiaba en que Amalie muriera. Naturalmente. Lo deseaba desde el día en que Kami'en le había dado el sí a la otra, ataviada con su vestido de novia ensangrentado. Pero había algo más: un incomprensible anhelo por el hijo que provocaba los gritos en la hermosa y estúpida boca de Amalie.

Solo su magia lo había mantenido con vida todos esos meses. El hijo que no debía ser. «Lo salvarás. ¡Prométemelo!». El mismo susurro suplicante cada vez después de haberla amado. Kami'en iba a su cama al anochecer solo por eso. El deseo de fundir su carne de piedra con la humana lo volvía vulnerable.

Oh, cómo gritaba la muñeca. Como si alguien estuviera arrancándole del cuerpo el hijo con un cuchillo, un cuerpo que solo un lirio de hada había convertido en deseo. «Mátala de una vez, príncipe sin piel. ¿Qué le da derecho a llamarse tu madre?». En el interior de Amalie se hubiera podrido como un fruto prohibido

sin la magia con la que ella lo había envuelto. Sí, era un varón. El Hada Oscura lo había visto en sus sueños.

Kami'en no acudía en persona a pedir su ayuda. No esa noche. Enviaba a su perro cazador a buscarla, su sombra de jaspe de ojos lechosos. Como siempre, Hentzau evitó mirarla cuando se detuvo frente a ella.

—La matrona dice que pierde el hijo.

¿Por qué decidió prestar su ayuda?

Por el niño.

Al hada le llenaba de sigilosa satisfacción que el hijo de Kami'en hubiera elegido la noche para venir al mundo. Su madre temía tanto la oscuridad que en su cuarto ardían siempre una docena de lámparas de gas, aun cuando la pálida luz causara dolor a los ojos de su esposo.

Kami'en estaba de pie junto a la cama de Amalie. Se volvió cuando los sirvientes abrieron la puerta a su amante. Por un momento el hada creyó apreciar en su mirada una sombra del amor que había encontrado en ella en otro tiempo. Amor, esperanza, miedo: sentimientos peligrosos para un rey, pero la piel de piedra ayudaba a Kami'en a ocultarlos con facilidad. Cada vez se parecía más a una de las estatuas que sus enemigos humanos erigían a sus reyes.

Asustada, la matrona volcó un recipiente con agua ensangrentada cuando el hada se acercó a la cama de Amalie. Los propios médicos retrocedieron ante ella. Médicos goyl, humanos y enanos. Con sus negras levitas parecían un enjambre de cornejas a las que el olor a muerte, y no la perspectiva de nueva vida, había atraído hasta allí.

La cara de muñeca de Amalie estaba hinchada de dolor y miedo. Las pestañas que rodeaban sus ojos de color violeta estaban pegadas por las lágrimas. Ojos de lirios de hada... La Oscura creía estar mirando el agua del lago que la había alumbrado.

—¡Largo de aquí! —La voz de Amalie había enronquecido de

tanto gritar—. ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Te ha mandado llamar él?

La Oscura imaginó esos ojos de color violeta apagándose y la piel que a Kami'en tanto le gustaba acariciar, volviéndose fría y flácida. La tentación de dejarla morir tenía un sabor tan dulce... Era una auténtica lástima no poder ceder a ella porque la otra se llevaría consigo al hijo de Kami'en.

—Sé por qué no dejas salir a ese hijo —le susurró la Oscura—. Tienes miedo de mirarlo. Pero no permitiré que lo asfixies con tu carne moribunda. Tráelo al mundo o haré que te lo arranquen del vientre con un cuchillo.

Cómo la miraba fijamente la muñeca. El hada no estaba segura si el odio en su mirada reflejaba más el miedo que sentía por ella o los celos. Quizá el amor daba frutos aún más venenosos que el temor.

Amalie expulsó el hijo y el rostro de la matrona se desfiguró de asco y horror. En las calles ya le llamaban el príncipe sin piel, pero tenía piel. La magia del hada se la había dado, firme y suave como una piedra de luna, e igual de transparente. Su piel dejaba ver todo lo que recubría: cada tendón, cada vena, el pequeño cráneo, los globos oculares. El hijo de Kami'en se parecía a la muerte... o a su hijo menor.

Amalie se tapó los ojos con las manos entre gemidos. El único que miraba sin miedo al niño era Kami'en. El hada rodeó el vientre resbaladizo con las manos de seis dedos y acarició la piel transparente hasta que se volvió de un color rojo tan apagado como la de su padre. Dotaba al pequeño rostro de una belleza tal que todos los ojos, que hasta ese momento habían rehuído mirarlo, quedaron hechizados por los rasgos del nuevo príncipe, y Amalie extendió las manos hacia su hijo. Pero el Hada Oscura lo depositó en los brazos de Kami'en. No lo miró al hacerlo, y cuando volvió a salir al pasillo en penumbra él no la detuvo.

A medio camino tuvo que salir a un balcón a recobrar el aliento. Las manos le temblaban cuando se limpió los dedos en el

vestido, una y otra vez, hasta dejar de sentir el cálido cuerpo que había tocado.

No existía una palabra para «hijo» en su lengua. Hacía tiempo que no.



2

UNA ALIANZA DE VIEJOS ENEMIGOS

John Reckless ya había estado una vez en la Sala de Audiencias del Encorvado. Con otro rostro y otro nombre. ¿Había sido cinco años antes? Le costaba creer que no hubieran sido más, pero los últimos años le habían enseñado mucho sobre el tiempo..., sobre días que transcurrían tan despacio como años, y años tan deprisa como días.

—¿Serán mejores? —El Encorvado frunció la frente irritado cuando su hijo volvió a ocultar un bostezo con la mano. Era un secreto a voces que Louis padecía el sopor de Blancanieves. La Casa Real guardaba silencio sobre dónde y cuándo había pillado el príncipe heredero de Lorena la enfermedad (los efectos de la magia negra gustaban de ser calificados de «enfermedad» en nombre del progreso). Pero en el Parlamento de Albión ya se discutía sobre los peligros (y las ventajas) que entrañaba tener un rey en el trono de Lutis que en cualquier momento podía caer durante días en un sueño profundo. El servicio secreto de Albión afirmaba incluso que el Encorvado había recurrido a los servicios de una devoraniños para sanar al príncipe heredero..., a juzgar por

los bostezos que Louis ocultaba cada diez minutos tras la manga color rojo vino, con poco éxito.

—Tenéis mi palabra y la de Wilfredo de Albión, Vuestra Majestad. Las máquinas que os construiré no solo volarán más alto y más rápido que los aviones de los goyl, también estarán mucho mejor armadas.

John no mencionó que podía estar tan seguro de ello porque los aviones de los goyl también habían sido contruidos según sus diseños. Ni siquiera Wilfredo de Albión conocía el pasado de su célebre ingeniero. El nombre robado y el nuevo rostro habían protegido a John con la misma eficacia tanto de ese tipo de revelaciones como de los goyl, que por lo visto seguían buscándolo. Una nariz y una barbilla distintas eran un precio insignificante a cambio de días sin preocupaciones. Sus noches seguían siendo interrumpidas por las pesadillas ocasionadas por los años en los que estuvo prisionero de los goyl, pero había aprendido a contentarse con pocas horas de sueño. Los últimos años le habían enseñado mucho. No le habían hecho mejor —seguía siendo un cobarde egoísta dominado por la ambición (algunas verdades había que afrontarlas)—, pero el cautiverio no solo había aclarado su mente, sino que le había instruido también de forma inestimable sobre ese mundo y sus habitantes.

—Si Vuestro Estado Mayor duda de que los aviones sean la solución correcta a la superioridad militar de los goyl, os puedo asegurar que el Parlamento de Albión comparte esa preocupación. En respuesta a la misma, me ha dado permiso para presentar a Lorena dos de mis más recientes inventos.

El permiso en realidad había venido del rey, pero era mejor guardar las apariencias. Albión se sentía orgullosa de sus tradiciones democráticas, aun cuando el poder continuara en manos del rey y la nobleza. La situación en Lorena no era diferente, pero allí el pueblo tenía una idea menos romántica de los nobles y los príncipes herederos..., uno de los motivos de las sublevaciones armadas que atormentaban a la capital en ese tiempo.

Louis volvía a bostezar. El príncipe heredero tenía fama de ser tan tonto como aparentaba. Tonto, caprichoso y con una inclinación a la crueldad que preocupaba incluso a su padre... y Charles de Lorena envejecía, aun cuando se tiñera el cabello de negro y siguiera siendo un hombre guapo.

John hizo señas a un soldado de la guardia que le había acompañado desde Albión para que se acercara. La Morsa (el sobrenombre de Wilfredo I era tan acertado que John temía llamar así algún día a su monarca) lo vigilaba bien. El rey de Albión había insistido en que su mejor ingeniero en persona hiciera apetecible al Encorvado la idea de una alianza, a pesar de la conocida aversión de John a viajar en barco. Los planos de construcción que el soldado tendió a su ayudante los había realizado expresamente para esa audiencia... omitiendo algunos detalles que entregaría tan pronto la alianza estuviera sellada. Sin duda, los ingenieros del Encorvado no lo notarían. Después de todo, John los confrontaba con la tecnología de otro mundo.

—Los he bautizado «tanques». —John tuvo que reprimir una sonrisa cuando los ingenieros loreneses se inclinaron con una mezcla de envidia e incrédulo asombro sobre los dibujos—. Ni si quiera la caballería de los goyl puede contra estas máquinas.

El segundo plano mostraba cohetes con cabezas. Había momentos en los que la conciencia de John lo sentaba en el banquillo de los acusados. A fin de cuentas, también habría podido regalar a ese mundo inventos que lo hicieran más justo para sus habitantes. Por lo general tranquilizaba su conciencia con una generosa donación a un orfanato o a las feministas de Albión, aunque aquello evocaba con demasiada facilidad recuerdos de Rosamund y de los hijos que tuvo con ella.

—¿Quién construirá estas válvulas?

John regresó a su vida actual, donde era un hombre sin hijos y la mujer de su vida, quince años más joven, era la hija de un diplomático de Leonia.

—Si pueden construir estas válvulas en Albión... también po-

demos construirlas aquí —alegó el Encorvado al ingeniero que había formulado la escéptica pregunta—. ¿O voy a tener que enviar en el futuro a mis ingenieros a las universidades de Pendragón y Londra?

El rostro del ingeniero cambió de color y los asesores del Encorvado agraciaron a John con miradas frías. Todos en la sala sabían lo que significaba la respuesta de su rey. Su decisión estaba tomada: Albión y Lorena formarían una alianza contra los goyl. Una decisión histórica para ese mundo. Dos naciones, que desde hacía siglos aprovechaban cualquier pretexto para declararse la guerra, convertidas en aliadas contra el enemigo común. El viejo juego.

John fue a escribir el telegrama que informaba al rey y al Parlamento de Albión de su éxito diplomático al jardín del palacio del Encorvado, aun cuando no resultara fácil encontrar un banco junto al que no hubiera estatuas. La fobia a las figuras de piedra era otro engorroso efecto secundario de su cautiverio.

Mientras redactaba el mensaje que sacudiría las relaciones de poder de ese mundo, sus guardias uniformados mataban el tiempo contemplando a las damas de la corte que paseaban entre los setos esmeradamente podados. Confirmaban los rumores de que el Encorvado ambicionaba reunir en su corte a las mujeres más hermosas del país. A John le tranquilizaba que Charles de Lorena fuera un esposo aún peor de lo que él mismo era. Después de todo, no había engañado a Rosamund hasta encontrar el espejo, y en cuanto a sus amoríos en Schwanstein, Vena y Blenheim, era discutible si los devaneos mantenidos en el otro mundo se consideraban adulterio. *Sí se consideran, John.*

Cuando firmó al pie del telegrama (con una pluma estilográfica que había modernizado sin que se notara, hartado de tener los dedos siempre manchados de tinta), vio a un hombre que se dirigía precipitadamente hacia él por el camino de grava blanca al que había visto en la Sala del Trono junto al príncipe heredero. El visitante inesperado vestía una levita anticuada y apenas era

más alto que un enano. Las gafas que enderezaba mientras se detenía delante de John tenían unos cristales tan gruesos que, tras ellos, los ojos parecían grandes como los de un insecto. Las pupilas eran de un apropiado color negro, y brillantes como las de un escarabajo.

—¿Monsieur Brunel? —Una inclinación, una sonrisa diligente—. Con su permiso. Arsene Lelou, tutor de Su Majestad, el príncipe heredero. ¿Me permite... ejem... importunarle con un ruego? —preguntó carraspeando como si su petición fuera una astilla que tuviera clavada en la garganta.

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

¿Acaso *monsieur* Lelou necesitaba ayuda con la explicación de alguna innovación técnica? No debía de resultar fácil ser el maestro de un futuro rey en un mundo que había alcanzado la madurez a una velocidad de vértigo. Pero la petición de Arsene Lelou no guardaba relación con la Nueva Magia, como eran denominadas la técnica y la ciencia detrás del espejo.

—Mi... ejem... discípulo real ha ordenado realizar pesquisas hace algunos meses sobre el paradero de un hombre que ha trabajado para la Casa Real de Albión, entre otras. Como vos entráis y salís de allí, quería aprovechar la oportunidad, en nombre de Su Majestad, para pedir os ayuda en la búsqueda de esa persona.

John había oído historias terribles sobre cómo Louis de Lorena trataba a sus enemigos. El hombre por el que Arsene Lelou preguntaba inspiraba su más profunda compasión.

—Claro. ¿Puedo preguntar de quién se trata? —Una actitud complaciente jamás podía perjudicar.

—Su nombre es Reckless. Jacob Reckless. Es un conocido, por no decir mal afamado, cazador de tesoros que trabajó para la derrocada emperatriz de Austrien, entre otras.

John constató irritado que le temblaba la mano cuando tendió el telegrama firmado a uno de los soldados de la guardia. Con qué facilidad se erigía el cuerpo en traidor.

Arsene Lelou reparó en el temblor.

—Una picadura de fuego fatuo —explicó John—. Han pasado años pero el temblor en las manos ha permanecido. —Nunca había agradecido tanto su nuevo rostro. Al fin y al cabo, su hijo mayor se parecía mucho a él—. Por favor, decidle al príncipe heredero que puede suspender sus pesquisas. Jacob Reckless, que yo sepa, ha muerto en el ataque de los goyl a la flota de Albión.

Se sentía muy orgulloso de la serenidad en su voz. Sin duda Arsene Lelou no se percató de que a causa de la noticia, que ahora repetía impasible, no había podido trabajar durante días. Su propia reacción le había sorprendido tanto a John que al principio había creído seriamente que las lágrimas, que habían humedecido el periódico, habían pertenecido a otro.

Su hijo mayor... Naturalmente John sabía desde hacía años que Jacob lo había seguido a través del espejo. Todos los periódicos contaban sus éxitos como cazador de tesoros. El inesperado encuentro en Goldsmouth, sin embargo, le causó un profundo impacto, pero su nuevo rostro también le había protegido entonces. Había ocultado todo lo que había sentido en ese instante: el susto lo mismo que el amor..., y la sorpresa que le produjo saber que seguía sintiendo ese amor.

A John no le extrañó que Jacob le hubiera seguido a través del espejo. Después de todo, había guardado las palabras que indicaban el camino en uno de sus libros de una forma no del todo impremeditada. (Él mismo las había hallado en un libro de química que uno de los ilustres antepasados de Rosamund le había dejado a ella). John encontraba fascinante que su hijo mayor hubiera emprendido la misión de buscar el pasado perdido de ese mundo mientras su padre le llevaba el futuro. En lo referente al carácter, Jacob se parecía mucho más a su madre. Rosamund también había preferido siempre conservar las cosas en vez de cambiarlas. ¿Podía un padre sentirse orgulloso de un hijo al que había abandonado? Sí. John había coleccionado cada artículo sobre los éxitos de Jacob, cada ilustración de periódico que dibujaba su rostro o sus hazañas. Naturalmente sin que nadie lo supiera,

incluida su amante. También había ocultado las lágrimas por su hijo delante de ella.

—¿El ataque de los goyl? Oh, sí, sí. Impresionante. —Arsene Lelou espantó a una mosca de su pálida frente—. Esos aviones han ayudado a ganar a los goyl demasiadas veces en todo este tiempo. Aguardo con ardiente impaciencia el día en que Vuestras máquinas defiendan nuestro sagrado suelo. Gracias a Vuestro genio, Lorena por fin le dará al rey de piedra la respuesta merecida.

La sonrisa con la que Lelou le obsequió hizo recordar a John el azúcar glaseado con el que las devoraniños recubrían los umbrales de bizcocho de especias. Arsene Lelou era un hombre peligroso.

—¡Me permito, no obstante, corregirle! —continuó con visible satisfacción—. El servicio secreto de Albión no parece ser tan omnisciente como su reputación. Jacob Reckless ha sobrevivido al hundimiento de la flota. Tuve el dudoso placer de encontrármelo dos semanas después. Reckless presume de que Albión es su hogar. Además, mis pesquisas apuntan a que para sus cacerías de tesoros le gusta conocer el dictamen de Robert Dunbar, un profesor de historia de la Universidad de Pendragón. Todo eso hace más que probable que en algún momento se deje ver también por la corte albionesa. Después de todo, necesita de sus clientes reales. Créame, *monsieur* Brunel, ¡no os habría molestado si no estuviera convencido de que podéis ser de gran utilidad al príncipe heredero en este asunto!

John no habría podido dar nombre a sus sentimientos. Estos volvían a ser sorprendentemente intensos. ¡Lelou tenía que estar equivocado! ¡Apenas había habido supervivientes y había repasado las listas de los nombres una docena de veces! ¿Y qué, *John*? ¿Qué cambiaba que su hijo mayor estuviera muerto o vivo? Renunciar a la única persona que podía haber querido de forma desinteresada, ese había sido el precio de una nueva vida. Pero, en el oscuro túnel de los goyl, el deseo de ser absuelto por su hijo mayor había crecido como una de las descoloridas plantas que

cultivaban en sus cuevas... y con este deseo, la esperanza de que el amor, que había desdeñado de una forma tan frívola, no se hubiera perdido para siempre. Debía admitir que la mayor parte de las veces le habían perdonado con complacencia: su madre, su esposa, sus amantes..., pero dudaba de que un hijo perdonara de una forma tan fácil, sobre todo si era tan orgulloso como este.

Oh, sí, John recordaba el orgullo de Jacob. Y su audacia. Por suerte había sido demasiado joven para percibir lo cobarde que era su padre. Temor... Toda la vida de John había estado marcada por él: temor a la opinión de los demás, a la falta de éxito y de medios, a la propia debilidad, a la propia vanidad. Durante el cautiverio con los goyl, al principio casi había sido un alivio tener un buen motivo para sentir temor. La cobardía resultaba mucho más ridícula cuando se vivía una vida en la que la mayor amenaza física era el tráfico de las calles...

—¿Monsieur Brunel?

Arsene Lelou seguía frente a él.

John se obligó a esbozar una sonrisa.

—Tenéis mi palabra, *monsieur* Lelou. Me informaré. Si me entero de algo sobre Jacob Reckless, os lo haré saber de inmediato.

Los ojos de escarabajo relucieron de curiosidad. Arsene Lelou no se había creído la historia del fuego fatuo. Isambard Brunel guardaba un secreto. John estaba convencido de que *monsieur* Lelou era un coleccionista de esos secretos y de que sabría cómo transformarlos en oro e influencia en el momento oportuno. Sin embargo, él también poseía cierta experiencia en ocultar sus secretos.

John se levantó del banco. No podía perjudicar recordarle al pequeño escarabajo que él era más grande.

—¿Está interesado Vuestro discípulo real en la enseñanza de la Nueva Magia, *monsieur* Lelou?

Jacob había escuchado atentamente durante horas cuando él le había explicado la función de un interruptor eléctrico o el se-

creto de una batería. El mismo hijo que se había entregado con tanta pasión al redescubrimiento de la Vieja Magia. ¿Se trataba acaso de un acto inconsciente contra el padre? Después de todo, John no había ocultado nunca que solo sentía interés por los milagros realizados por los humanos.

—Oh, sí... por supuesto. El príncipe heredero apoya con gran energía el progreso. —Arsene Lelou se esforzaba por sonar convincente, pero su mirada dolorosamente afectada confirmaba lo que se decía en la corte albionesa sobre Louis: aparte de los dados y las chicas de cualquier rango, nada lograba captar el interés del futuro rey de Lorena más de unos minutos. En cualquier caso, según los espías, Louis había desarrollado en el último tiempo una pasión por todo tipo de armas... preocupante dada su inclinación a la crueldad, aunque sin duda una ventaja para los planes de Albión de proveer de armas modernas a ambos ejércitos.

Y tú les enseñarás cómo construir tanques y cohetes, John. No, en realidad no era que no tuviera conciencia. Todo el mundo tenía una. Pero había otras voces en su cabeza que se hacían escuchar con la misma facilidad: su ambición, su deseo de gloria y de éxito... y de venganza por los cuatro años robados. Lo admitía, los goyl no trataban a sus prisioneros tan mal como el rey de Albión, por no hablar de las prácticas del Encorvado. Pero a pesar de todo deseaba venganza, lo admitía.